

bía hartado como buen polaco que era, no tendría buen aspecto tan temprano.

VI

Una joven casadera

Gontrán no volvió á su casa hasta la hora de comer, después de llamar, sin casi confesárselo á sí mismo, á la puerta de Lucía, siempre ausente.

Hizo muchas caricias á su madre y á su hermana. Por la noche debía acompañarlas á los Campos Eliseos, á casa de la condesa de Lannoy, que daba una fiestecilla musical.

A Gontrán no le gustaba la música sino en los bastidores de los Bufos Parisienses; pero, en fin, puesto que su bella no cantaba aquella noche, quería resignarse á oír cantar á otras.

Durante la comida, notó, aunque muy preocupado por su pasión, si no por su deuda de juego, si no por su desafío, que su madre y su hermana le miraban cuchicheando y riendo.

No comprendía lo que aquello significaba; y las interrogó; pero ellas callaron.

De sobremesa, no obstante, como preguntara por décima vez, su madre le respondió:

—Mira bien esta noche. Entre las siete ú ocho jóvenes que cantarán ó escucharán en casa de la condesa, hay una que está enamorada de ti.

—¿Enamorada de mí?

Puesto que Lucía le amaba tan poco, adorándola él,

¿cómo otra, que sin duda sólo había él entrevisto, podía amarle?

—¡Sí, enamorada de ti, querido! Pero, en las jóvenes bien educadas, el amor se guarda secreto. Busca bien; ya me dirás si la encuentras.

Se vistieron y fueron á los Campos Eliseos.

Hacia ya algún tiempo que el amante de la comediante no frecuentaba el mundo; aquello le parecía fastidioso, y decía que todas aquellas jóvenes, que forman el escuadrón volante de la virtud parisiense, no son sino colegialas que despabilar, muñecas que hablan, pero que sólo dicen papá y mamá. Ignoraba que pueden allí hacerse verdaderos descubrimientos, que entre las jóvenes aquéllas hay tesoros inusitados para quien los busca. La historia de las montañas de oro: en la superficie, siempre el mismo aspecto; mas, para el que penetra hasta el corazón, allí está la mina.

Entraron después del preludio; una joven estaba sentada ante el piano.

—No será ésa, —dijo Gontrán á su hermana.

—¿Por qué?

—Porque una mujer que toca bien el piano no se enamora sino del ruido que hace.

Después de un solo sobre motivos de *La Sonámbula*, ejecutóse un dúo de harpa y piano. Otra joven se apoderó de las teclas de marfil y paseó por ellas unas grandes manos, verdaderas patas de araña, inclinando la cabeza bajo sus cabellos á modo de sauce llorón.

—¿Será ésa?—preguntó su hermana á Gontrán.

—No, —dijo éste;—ésa toca para los ausentes.

La joven que se había sentado ante el harpa estaba muy bella con su cabello peinado á la Tallien, sus brazos al parecer alimentados con rosas de te, sus hombros

suntuosos aunque muy jóvenes. Había, tal vez, en ella algo de amazona.

Era la señorita de Marcy, una joven amiga de la duquesa de Montefalcone.

Su madre, mujer novelesca que había vivido en Italia mucho tiempo, regresó á París, en donde fijó su residencia, á la muerte de su esposo.

—Esa es,—dijo la hermana.

—¡Esa!—exclamó Gontrán.—Pues gracias; sería menester duplicarse para amarla. ¡Mira qué opulencia de corpiño!

No sé si aquella joven estaba apasionada en otro sentido; pero ello es que cogió el harpa con amor.

Y fué un hermoso espectáculo verla tocar con manos y pies como si la inspiración la transportase.

Vestía traje de lino, como las thermidorinas; un traje que, oprimiendo ligeramente el cuerpo, no estaba retenido en el hombro más que por dos dedos de tela. A cada movimiento del brazo desnudo, parecía que el brazo, más desnudo aún, iba á romper el lino. El seno se agitaba, se estremecía.

Gontrán Staller miraba con emoción los pies calzados de raso blanco que tocaban los pedales con adorable coquetería. Eran unos pies inteligentes como manos; uno se preguntaba cómo unos pies tan pequeños podían soportar un cuerpo tan robusto. Todo el cuerpo se dibujaba en los movimientos del juego. El harpa, cortando las ropas, hacía que las piernas se marcasen. Era una linda harpa con cabeza de cisne dorada y esmaltada, del más puro estilo Luis XVI. Vibraba, hablaba, se animaba. La cabeza de cisne hacía pensar en la fábula de Júpiter y Leda.

—¿No es verdad que es linda?—preguntó la señorita Staller á su hermano.

—Sí, pero no es la que está enamorada de mí. ¿No ves con qué amor mira su harpa? ¡Qué cosa tan horrible!

Tocó el turno á las cantantes.

Empezó una joven de ojos bajos, que chapurreó italiano con no sé qué música; la madre había preparado su triunfo, diciendo que su hija tomaba lecciones de á veinte francos.

—Esa,—dijo Gontrán,—aun no está desmamada. No seré yo quien me beba la última gota de leche que tiene en los labios.

Una cantante de romanzas hizo ostentación de su bella voz y de sus bellos sentimientos.

—¡La encontré!—dijo de pronto Gontrán.—Es aquella joven que está sola en el canapé y que no toca ni canta; me parece bastante más elocuente que las otras. En las mujeres es, sobre todo, en donde el silencio es oro.

—Bueno: ¿quieres que te presente á la bella solitaria?

—De ninguna manera, porque hablaría, y todo estaría perdido.

—Hermano, tú estás loco; nada hay que hacer contigo. Te advierto, por otra parte, que aun no has encontrado.

En aquel momento, la tocadora de harpa cruzaba por allí para ir á buscar su música.

Gontrán se levantó como á pesar suyo y le dijo que por primera vez en su vida acababa de comprender el harpa.

—Pues bien, caballero, está usted más adelantado que yo. Mi madre me ha puesto en tortura delante de esa máquina pasada de moda, so pretexto de que su madre maravilló con ella á Napoleón I, que no gustaba

sino de dos clases de música: la del harpa y, sobre todo, la del cañón.

—Pero, señorita, ¿cómo se las arregla usted para tocar tan apasionadamente?

Una emoción repentina pasó por el rostro de la joven.

—Todo el mundo me dice eso hoy, y no sé qué responder, como no sea que pienso en otra cosa.

Una chispa eléctrica atravesó el alma de Gontrán como un relámpago.

—¡Ella es!

Por fin había encontrado.

— ¡Qué dicha,—pensó,—sí me enamorase seriamente! Me arrancaría vivo á aquella pasión mortal que me clava en brazos de Lucía.

La harpista se había sentado junto á la señorita Staller.

Arrastró un sillón ante su diván; le pareció dulce pasar la última hora en aquella entrevista á solas; porque su hermana era otro él. Como estaba sobreexcitado por todas las fiebres pasadas, fué elocuente, habló de todo con aquella voz acariciadora que en todo pone amor. La señorita de Marcy encontraba que aquélla era la verdadera música. El concierto continuaba, pero ella no oía sino la voz de Gontrán Staller.

La señorita Julia de Marcy era una de las cincuenta jóvenes dotadas de oro y de belleza por quienes los muchachos casaderos se lanzaban á todas las *Steeple-chases*. Tocaba el harpa, mas no es éste un pecado capital; podía corregirse de él. Tenía, como hemos dicho, algo de la amazona; pero Gontrán se acordó de la *Caperucita roja*: «—¡Qué largos tenéis los brazos, abuelita! —Es para abrazarte mejor, hijo mío». Aun cuando fuera sentimental, poseía cierta gracia, lo que ponía un

grano de sal en el sentimiento. La verdadera parisiense es así.

Gontrán Staller no se daba cuenta de que pasaba el tiempo. La dueña de la casa fué á decirle que la cena estaba servida y que había de dar el brazo á la señorita de Marcy. Se levantó cual si saliera de un sueño.

—¡Las dos ya!—dijo alguien á su lado.

—¡Las dos!—exclamó á su vez.

En lugar de dar el brazo á la señorita de Marcy, á quien se lo dió fué á su sombrero, y desapareció entre la baraúnda de la marcha hacia el comedor.

La imagen de Lucía se le había aparecido más imperiosa que nunca.

Cuando estuvo en la escalera, pensó que tal vez no la encontraría en casa.

—Si tuviera corazón,—dijo,—volvería allá arriba.

No subió de nuevo, porque tenía demasiado corazón.

VII
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

La señorita Lucía rompe en sollozos

En la calle de Helder, en casa de la señorita Lucía, todo el mundo estaba durmiendo.

Gontrán llamó tres veces á la puerta principal. Poco faltó para que se rompiera el cuello en la escalera, impaciente por llegar arriba. Llamó otras tres veces en casa de su amante; la doncella, ligerísimamente vestida, abrióle, por fin, la puerta.

—¿Está?—dijo al pasar.

30316